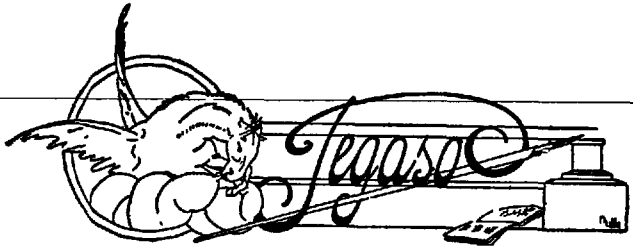

Año I | Montevideo, Agosto de 1918 | Núm. 2

REDACCION
Antón Martín Saavedra — Wifredo Pi
Montiel Ballesteros

ADMINISTRACION
José López Deschamps
Subscripción mensual $ 0 50

Diríjase la correspondencia: Calle Piedras, 385 - Montevideo

CARLOS REYLES Y SU NUEVA OBRA

En su apartada mansión de Loberia o en la suntuosa morada de Buenos Aires, Carlos Reyles divide el tiempo —para él *inagotable*—entre las grandes especulaciones rurales y el noble cultivo del arte. En su vida intensa y fecunda como pocas, se adunan maravillosamente los trabajos del campo sanos y útiles a la sociedad, con las puras y desinteresadas manifestaciones del espíritu. Una nueva obra de hondo pensamiento y gran belleza, agrégase a la labor de alto valer ideológico y artístico del autor uruguayo. «Diálogos Olímpicos» se llama el nuevo libro que debe aparecer a fines de Agosto lujosamente impreso y artísticamente ilustrado. Los «Diálogos Olímpicos» por su fondo, por la teoría que sustentan, por el hondo pensamiento que encierran, están llamados a constituír un verdadero acontecimiento literario en nuestro am-

biente que se eleva cada vez más a la altura de las muy cultas naciones europeas. Podemos asegurarlo con orgullo: nombres como los de Rodó, Reyles, Vaz Ferreira, Frugoni, Zorrilla de San Martín, Roxlo, y tantos otros de nuestra joven literatura, nos colocan a una gran altura intelectual.

Carlos Reyles no olvida su *tierruca*, apesar de encontrase alejado de ella. Desde su retiro de trabajo y de arte, sigue, con interés, el movimiento intelectual y artístico de su patria; se interesa por los nuevos autores, y ansía más que ninguno su porvenir brillante y luminoso. En los « Diálogos Olímpicos » desarrolla y amplia Reyles la teoría filosófica sustentada en « La muerte del cisne », libro que, acaso por no haber sido realizado según el plan completo que se había propuesto el autor, (debía constar de varios tomos) dejó lugar a ciertas dudas y malas interpretaciones. En su nuevo libro se propone el autor explicar con mayor claridad y fuerza, en forma de diálogos entre los dioses—uno de los cuales, el que se desarrolla entre « Apolo y Dionisos » constituye el primer tomo—su especial concepto del *Idealismo*, dándole como fundamento para que pueda perdurar y traducirse en obras, un sano y fecundo egoísmo. Acaso en « La muerte del cisne », al condenar enérgicamente Reyles el Idealismo vacuo y sin arraigo en la realidad viva, dejó lugar a ciertas dudas sobre la verdadera finalidad de sus teorías filosóficas, a causa de no haber desarrollado de una manera bastante clara y concreta su propia teoría del Idealismo; una teoría que no es el torpe materialismo del cual se le acusó de ser sostenedor; mas bien de un Idealismo más noble, más sano, más robusto sobre todo por las hondas raíces que hunde en los egoísmos necesarios a toda conservación de la vida.

Por otra parte la teoría no es nueva, ni Reyles la dá como tal. Ya Spencer había demostrado hace años que las virtudes más nobles del alma humana no son sino la transformación de ciertas fuerzas primarias, tanto más groseras cuanto inferiores son las sociedades y los individuos. El altruismo no ha de ser, según el filósofo inglés, en la sociedad del porvenir, sino una forma perfeccionada del egoismo primitivo. Y Guyau sostenía también que las más nobles y desinteresadas especulaciones del espíritu, los sentimientos más puros y más bellos del alma sólo son *exceso de vida*, exceso de energía. Cuándo el alma humana, como el cuerpo humano, tienen escasa vitalidad, las energías se conservan en provecho propio, *egoistamente*: el egoismo es, entonces, una virtud, por cuanto de ella depende la conservación misma de la vida; y solo llega a ser condenable cuando no es indispensable a ese fin. Los sentimientos generosos son por lo tanto, el exceso de energías no *necesarias* a la conservación de la entidad. Así pues, el autor más idealista acaso, el dulce y noble poeta de « Vers d'un philosophe » sustenta la misma teoría que defiende nuestro compatriota, a saber: que el idealismo solo puede ser fecundo, sano, *eficaz*, en una palabra cuando sea el resultado de los necesarios egoismos indispensables a la conservación de la vida misma.

Las páginas que ofrecemos hoy a nuestros lectores, que han de agradecernos ciertamente la primicia inestimable que ellas representan, son las primeras de los « Diálogos Olímpicos ».

En ellas encontramos la profundidad del concepto, la belleza de las imágenes, la riqueza y nervio del estilo que hacen de Reyles uno de los más grandes escritores hispanoamericanos.

DIÁLOGOS OLÍMPICOS

APOLO Y DIONICOS

Interrogado por Zeus sobre los desórdenes de la tierra, irguióse el crinado Apolo en medio de la asamblea olímpica; sonaron las liras pulsadas por sus nueve campañeras y la voz del dios llenó las concavidades del Empíreo como un celeste canto.

—Yo salí del vientre moreno de Lotona—dijo—para iluminar al mundo y reducir a sabias euritmias las discordias de los mortales. Las diosas con sus divinas manos me lavaron en aguas purísimas y pusieron por mantillas sutiles gasas que un cinturón de oro a mi cuerpo sujetaba. La severa Temis, la que vela por la ley y la regla del universo, no quiso verme nutrir a los pechos de mi madre y llena de amorosa solicitud me dió a beber el nectar y la ambrosía de los dioses. Así que los alimentos olímpicos dilataron por mis venas sus vitales influjos, la sangre en alegres borbollones subióseme al cerebro; sentíme henchido de irrefrenables energías y haciendo estallar los finos pañales y el refulgente cinturón, me esparcí gozoso por el mundo, entreteniéndome en disparar mis flechas luminosas contra los monstruos de las tinieblas. Maté a Pitón; recobré las terneras celestes que me había robado el sutil Hermes; ayudé a Zeus a combatir los titanes, hijos de Urano y Gaea; establecí mil cultos y oráculos y en mi constante afán de claridad y armonía, desde las primeras luces del alba hacía sonar por todos los ámbitos del mundo la lira melodiosa, y al doblar la tarde, vestido de púrpuras y oros, me guarecía en la caverna de Satmos donde, toda temblorosa, venía a compartir mi lecho de hierbas

aromadas la pálida y melancólica Selene, la de las suaves caricias....

El hombre, apenas salido de la animalidad, ignaro, miserable, transido de frío y enfermo de pavura, sin otras armas para defenderse de las cóleras divinas y las garras de las fieras que una vacilante lucecita en el cráneo, vagaba por broncos riscos y selvas temerosas como un fantasma del miedo. Vivía temblando. Pero aquella lucecita prodigiosa, aunque débil, le permitió fabricar cuchillos y hachas de piedra que vencieron en el rudo combate la saña de los colmillos más terribles. Por ese arte el ingenio hizo su aparición sensacional en el escenario del mundo. El hombre mostróse prevenido y artero. Obtenía con mañas y artificios, a una candorosos y sutiles, lo que nunca pudiera lograr de poder a poder y en franca lucha. Así, por ejemplo, para medirse con el enorme mammut, en cuyo pellejo rugoso y cubierto de fuertes crines rebotaban las flechas; con grande sigilo y riesgo de la vida acercábase a él; esperaba pacientemente, en medio del inminente peligro, que la tremenda bestia le volviese las grupas y mostrase el pequeño orificio velado por la cola, único y recatado sitio por donde resultaba vulnerable; y entonces, con ojo certero y pulso firme le disparaba la traidora saeta que se metía por el intestino y causaba allí mortal estrago. Huía el mammut dando saltos y tirando coces como picado por furioso aguijón, y la horda humana, entre gritos de júbilo salvaje, lo seguía en su desesperada fuga durante días y aún semanas, atravesando valles soledosos, dilatadas llanuras, enredados matorrales, cobija de toda suerte de alimañas venenosas, hasta que el dardo revolviéndose en la herida y enconándola concluía por abatir la perseguida bestia. La despedazaban y empezaba el festín de carne cruda bajo la serena bóveda del cielo.

Estas cacerías y otras semejantes obligaban a los efímeros a recorrer grandes extensiones y vivir siempre

errantes, sin otros habitáculos que las sórdidas cavernas y los antros donde la obscuridad y el frío los recluía. Y en la obscuridad poblada de espíritus y propicia a las alucinaciones, se afinó la imaginación del troglodita; en la negrura medrosa apuntó el alba del arte como sale la rosada Eos de la negra noche. A fin de matar las interminables horas de reclusión forzosa, el mísero mortal inventaba estupendas aventuras o se entretenía, mientras vagaba la imaginación por países quiméricos, ya fabricando toscas armas, ya ornamentando, con mano torpe y pueril fantasía, sus utensilios de hueso, ya esculpiendo en el cuerno del rengífero las cándidas visiones que el espectáculo del mundo le sugería. Y al experimentar, aunque vagamente, los primeros e inefables goces del artista, la pobre criatura humana sintió también el afán de perfección, el ansia de lo infinito y empezó a participar, en cierta manera, de la existencia divina, que no es placidez como se ha creído, sino inquietud; no éxtasis sino acto. Del apasionado connubio de aquel afán y de esta ansia, nació una bellísima princesa con alas de mariposa.

El salvaje se hizo hombre. Yo lo saqué de sus hoscos retiros y lo incité a asociarse en grupos, luego en tribus, después en pueblos. Yo establecí en la familias la omnímoda autoridad del padre y el culto del fuego sagrado; en el grupo, el primer contrato social: la obediencia al jefe y la repartición equitativa por éste del botín de la caza y la guerra; en las tribus los primeros barruntos de las legislaciones, que ilustraron luego los Licurgos y los Solones; en los pueblos los primeros rudimientos de la ciencia política llevada a tan alto punto de perfección por los hijos de la Loba. Yo, por decirlo todo, *pues eso lo explica todo*, formé la inteligencia en los moldes de las necesidades, le enseñé a pensar, es decir, *a utilizar las cosas en su provecho* y le dí las severas disciplinas de la regla y la ley apolónicas, para que domara los bajos instintos del limón terreno, distinguiera lo animal de lo

humano y perfeccionándose llegara a convertirse en un dios de carne y hueso, aspiración secreta e hito supremo de los mortales que saben interpretar las palabras de mis pitonisas. Otros de oídos menos sutiles permanecen hasta cierto punto sordos a ellas y así se origina y mantiene el conflicto del mundo, que es, en resumidas cuentas, el antagonismo de los que oyen y los que no quieren oír, de los que afirman y los que niegan, del espíritu del bien y el espíritu del mal. Llamo bien lo que favorece la ascención del hombre, mal lo que le pone trabas y diques.

—En un dios de carne y hueso — vana quimera! en un fantoche relleno de metafísica estopa querrás decir ¡oh Apolo!—interrumpió Dionisos que había escuchado el discurso de su hermano sin cesar de sonreir maliciosamente, lo cual le prestaba una expresión entre irónica y cariciosa, pero de un encanto indecible a aquella boca que los antiguos para simbolizar su dulzura adornaron con cuatro alas de abeja a guisa de barba.—Antes de rematar la obra que tú juzgas divina y que yo, con tu perdón, considero nefasta, los hombres tenían entrañas, hoy, gracias a tí, sólo tienen en la cabeza viento, en el pecho estopa. Por lo demás te vanaglorias de muchas cosas que, a mi entender, son verdaderos crímenes, y de otras, las menos, que son buenas, pero que no llevaste a cabo tú, aunque a ti te lo parezca. Es muy curioso, en verdad, el desparpajo con que te atribuyes los hechos de los otros. Harías bien en recordar que en el mismísimo Delfos, donde tuviste el más grande culto, tuve tantos adoradores como tú y que tus pitonisas, para inspirarse, tuvieron siempre que someterse a la acción de mis vapores. Generalmente, cuando tu inteligencia pierde el derrotero, yo la traigo al buen camino; generalmente yo doy el son y tú lo pones en música.

Dejó de sonreir el dios coronado de frescos pámpanos, cobró repentinamente su rostro grave majestad y contemplando un instante las divinas perfecciones de la es-

plendorosa Afrodita y el encanto infinito de Aglaé, Talía y Eufrosina, que para oírlo mejor se habían agrupado graciosamente cerca de él, y con acento convencido, prosiguió:

—Los mortales son hijos de la tierra y participan de su naturaleza. Allí, como aquí, no reina, Apolo, tu voluntad ni la mia, sino la voluntad del universo o, por otro nombre, la voluntad de Zeus, nuestro padre y señor. Esta voluntad misteriosa para el efímero, la llaman Dios los sacerdotes, causa primera los filósofos, fuerza o energía los sabios de allá abajo que, a vueltas de tantos metafísiqueos, empiezan a barruntar la índole guerrera de los fenómenos, así físicos como morales. Creen y no van descaminados, que todos estos no son sino transformaciones más o menos complicadas, de aquella energía o voluntad paternal, alma y substancia del universo. La docta ciencia lo declara ahora solemnemente después de haberlo dicho hace siglos las religiones, aunque de una manera confusa y capciosa, por medio de alegorías y símbolos de abstrusa interpretación. Si donde las religiones dicen Dios, dijeran voluntad del universo, fuerza o energía, desaparecería, como por ensalmo, la obscuridad de los símbolos, los dogmas y los mitos. Todo es obra de la grande razón de Zeus. Cuerpos, criaturas y espíritus han salido del mismo vientre y obedecen a la misma ley. La chispa eléctrica que brota de la frente del hombre, y la que parte de albo seno de la nube, son hermanas. Aquí, entre nosotros, podemos decirlo sin ambajes: El tuétano de todas las cosas es de esencia divina, especialmente el de eso que tus espiritualistas trasnochados llaman con desdén la materia, porque lo divino, ¡ oh, Apolo !, es la energía del orbe y la materia el gran depósito de ella. Mi culto entrañaba la glorificación de las formas más visibles y amables de esa energía: la fecundidad de Gaea; la fuerza generatriz de Príapo; las cópulas fabulosas de los dioses con Cibeles, Afrodita, Latona, Semele; el erotismo de la creación; el triunfo gozoso del amor y la vida que encarnan ciertos instintos y pasiones. Tú pretendes haber domeñado, por medio de la regla y la ley, los deseos, los apetitos, las energías intrínsecas, en una palabra, del alma humana, e ignoras, malgrado tu grande sabiduría, que toda esa fuerza vital condenada por tí constituye la voluntad de la tierra, la enjundia olímpica de los mortales. Observa que la humana criatura no es inteligencia, sino voluntad; no razón, sino instinto. Tus mismos discípulos lo reconocen. La inteligencia, la razón ¡ bah ! cosas epidérmicas, cosas efímeras cuando no son los heraldos del egoísmo o, si quieres, de la tendencia a dilatar su poder o enseñorarse del espacio que es el ánima misteriosa de todo lo creado. Ni las vírgenes, ni las flores carecen de esa belicosidad nativa. Cuando una púdica damisela te ofrece trémula las grosellas de sus labios, quiere hacerte suyo; cuando una cándida azucena te brinda sus aromas, quiere conquistarte. El egoísmo es la *cosa sagrada* por excelencia. Tu lo calumniaste. Tus discípulos, filósofos, moralistas y dómines pedantes, trataron a porfía de envilecerlo y condenarlo a pesar de que fuera él, y solo él, quien los hiciera vivir. Luego los airados sacerdotes del Galileo le pusieron los cuernos del demonio mismo e hicieron del inocente el espíritu del mal y le dieron tormento en mil potros y lo quemaron en mil hogueras. Sin embargo el *doctor Sutilis* siguió trabajando la pasta de las almas y aliándolas entre sí. ¡ He ahí el grande portento ! Lo que une a las criaturas no es el amor, que sale del corazón, ni el interés, que se desprende del razonamiento, sino el afán de dominar, que brota del cuerpo entero. Creeme ¡ oh, divino Apolo !: si alguna vez los hombres aciertan a ponerse de acuerdo y establecer entre las repúblicas un equilibrio semejante al que existe entre los astros, no será por el amor, sino porque, como los astros quieren atraerse para devorarse.

—Solo que de esa mutua y pérfida atracción—replicó el Dios luminoso—resulta el equilibrio sideral. Tirando to-

dos los astros para sí, se mantienen a distancia. El egoísmo, en la humanidad, es la mútua y pérfida atracción que, a fuerza de tanto tira y afloja, se resuelve en paz, fraternidad y amor. Primero reinó la discordia, después Eros. De la lucha de los sexos, por veces mortífera, nace la vida, de la guerra de los obscuros instintos, tan cruel, las luces de la conciencia; de la pugna feroz de las conciencias, la inteligencia de las almas.

—Eso te prueba—interrumpió Dionisos—cuán sabia y clemente es la voluntad de Zeus, aunque a primera vista parezca por veces cruel y obtusa. Sí, a la larga puede que haya paz . . la paz que impone el combate, la única que han conocido y conocerán el universo y el mundo. Pero el hombre, aún en medio de la paz, seguirá luchando siempre contra los otros o contra sí mismo; no olvides que su alma es pura tendencia a *ocupar más espacio* y que los instintos, sentimientos e ideas que la forman, viven en perpetua lucha. Suprimir esa lucha es suprimir el alma. Tus propósitos de concordia y civilidad a todo evento, es algo artificioso, pueril y por añadidura, mal sano para el vigor de la planta humana. Esta dará flores y frutos si hunde las raíces en la tierra y se alimenta de sus truculentos jugos, en caso contrario, no. Te lo digo con pena, porque te veo en camino de cometer irreparables errores: el día que terminen todas las guerras terminarán todas las paces y será el reino de la muerte. Querras tú eso Apolo? Qué horror! . . . Yo amo la vida desbordante de fuerza y hermosura; la vida simple y profunda en el seno de la vivificante naturaleza; libre de reglas caprichosas, libre de metafísicos embelecos, limpia de *moralina* y sin mas leyes que las inspiradas por la vida misma para acrisolar su propio imperio. ¡La existencia fecunda y radiosa como en la aurora del mundo! Recuerda Apolo: donde yo ponía las plantas el suelo se cubría de flores y frutos; de las rocas que yo tocaba con mi

tirso mágico brotaban manantiales de vino, de leche y de miel.

Y cogiendo la flauta de siete tubos, la acercó a sus labios y arrancó los sones cariciosos que dilatan el corazón y se suben a la cabeza cual los vapores de un vino añejo. Y como a la voz de un conjuro, la oscura tierra apareció ante los ojos de los olímpicos toda palpitante y enfervorizada por los cultos del riente dios. De los floridos bosques, sonorosos como arpas, salían, ya en ordenadas procesiones por núbiles canéforas presididas, ya en gozosos tropeles, los cortejos de Dionisos y Pan: las bacantes coronadas de hiedras y rosas; los sátiros de orejas puntiagudas y patas de cabra, las ninfas perseguidas por los traviesos faunos, los centáuros piafadores, los silenos ventrudos: frenética muchedumbre que hacía sonar con báquico furor, platillos y sistros, zampoñas y tamboriles, pífanos y címbalos. Las riberas de los ríos se poblaron de nereidas y ondinas diseminadas en graciosos grupos; las montañas aparecieron florecidas de rústicos santuarios donde se sacrificaban chivos y toros y ofrendaban canastos de frutas, tiernos quesos y vasijas de leche fresca; cubrían las praderas infinitas chozas, lozanas viñas, copiosos rebaños. Los labriegos, cantando himnos al dios taumaturgo y a la próvida Demeter, pisaban la uva en los lagares; los pastores cubiertos solo con una pelleja de cabra negra, conducían los ganados al blando son de la siringa agreste. Todo era gozo, armonía, belleza, esplendor; todo parecía vivir en íntima comunión con la naturaleza, y que esta le transfundiese, a todos los seres, su voluntad de vivir y gozar, su sensualidad radiosa, su ardiente sangre negra.

CARLOS REYLES.

YO MARCHO HACIA UNA TIERRA MUSICAL Y LEJANA...

Yo marcho hacia una tierra musical y lejana
Muy distinta de esta sobre la cual camino,
Tierra de sol, de árbol y de fontana,
De mujer y de vino.
Tierra estelar donde todo se olvida
Menos la dicha. Tierra feliz, divina tierra
Donde es desconocida
La miseria, la tisis y la guerra.
Y voy, buen caminante, a la luz de la estrella
Que vió mi nacimiento, con tirso y caramillo,
Bajo el cielo celeste y bajo el claro brillo
Del sol; y así la tierra me parece más bella.
Sueño y sufro a las veces porque la niebla viene
Y me quita mi sol y mi estrella y mi cielo;
Sino fuera por mi flauta que me entretiene,
Me moriría de fastidio y de duelo.
Hacia el país que voy han partido millares
De almas — cuarenta siglos dura el peregrinaje—
Algunas han tornado renegando a sus lares,
Otras habrán llegado y otras irán en viaje.
Y yo marcho, marcho, marcho por el sendero,
La angustia de llegar me hace vivir. Paréce—
Me por momentos que la distancia crece,
Que nunca llegaré, que moriré primero.
Pero al punto se esfuma mi escepticismo, al punto
Se esfuma como niebla sobre la cual la aurora
Posara su sandalia, y voy, mi ilusión junto,

Sonriendo de amor a la Esposa que llora,
Perla en iris y flor en risa ..
Suena
César tu caramillo, pena y amor—
Y apaga con su ritmo la voz de la sirena
Que te brinda placer y te dará dolor.
Nada más que a tu música el pífano concreta
Se indiferente como aquel anacoreta
Que vivió dos mil años de ilusión
Y si algún día la Furia te asaeta
Ofrécele .a la bestia tu propio corazón.
Y yo escucho la voz y sigo su consejo.
(Y mi camino.) Llegaré ? Llegaré ?—
¿ Anda despacio, viejo
Cronos, no mates mi vida y mi ilusión...
Hace cuarenta siglos que dura el cortejo
La flor de la aventura me ensancha el corazón.

PABLO DE GRECIA.

RODÓ [1]

« Todo acaba en tumba sobre la tierra, menos la palabra hermosa. — Grecia ha muerto. Homero vive ». Así termina el genial historiador de Sarmiento aquel capítulo diamantino de su libro, donde se propone demostrar y lo demuestra como nadie, « como la hoja de papel animada por la palabra, puede transformarse en hoja de acero, laborioso y vengador, para ejecutar tiranos, hacer civilización, fundar naciones. »

Existencias famosas han pasado entre el tumulto de las apoteosis; vencedores, estadistas y héroes se han despeñado en el olvido insondable, y así nos cabe contemplar con orgullosa admiración pero también con íntima congoja ciudadana, el esfuerzo de las generaciones nuevas cuando se esfuma, junto con la invocación de los viejos adalides de la causa nativa y el ritmo monótono de las efémerides, en el crepúsculo inmisericorde e injusto de la indiferencia o la ingratitud de las muchedumbres.

Y todo pasa menos la Belleza eterna. En efecto, señoras y señores, ¿cual es la fuerza que nos congrega aquí? ¿Que entusiasmo noble, que interés extraño, que recóndita inspiración?

Que nunca muere la palabra hermosa lo confirma nuestra sociedad y nuestro pueblo en la brillante realidad de éste homenage.

[1] Discurso pronunciado en la velada que en homenage al gran pensador de América se llevó a cabo en el Teatro Solís de Montevideo el 2 de Mayo de 1918, bajo los auspicios de la Asociación Literaria « Ariel ».

Es que aquel hombre, humilde en su apariencia y en su intimidad, cuyo triste aniversario nos reune ésta noche, significa algo mas que un ilustre compatriota desaparecido, que un prócer del sentimiento nacional, que un conductor de pueblos o que un maestro de la acción.

Rodó es el símbolo del pensamiento continental, porque desde la eminencia mas conspicua sorprendió la fórmula espiritual de su grandeza; porque elevó su voz serena, antigua y armoniosa y sabia en medio a la hostilidad circundante; porque dijo su evangelio el amor, de confianza y de fé, frente a la duda omnipresente, frente a la confusión de las normas morales, frente a la opacidad de un medio sin tradiciones de cultura e inseguro de sus propios destinos; porque arrojó su luminosa siembra de esperanza sobre la « pampa de granito »; porque exaltó en América y para América los ideales nuevos y la nueva Belleza; porque afianzó la emancipación de su espíritu, por eso Rodó es el símbolo del pensamiento continental.

El alma de América no puede abandonar el recuerdo de su genial intérprete.

Las generaciones futuras,—capaces de abrigar en toda su latitud el verdadero sentimiento americanista,—han de volver a su obra con íntimo recogimiento *patriótico*, lo mismo que a una fuente familiar y sacra,—que contuviera la armonía de un mundo; lo mismo que a la fuente solariega hacia la que desciende por la noche el milagro de luz de las constelaciones.

Han de volver a su obra, señoras y señores, como al breviario de la liturgia común, porque si quieren escalar sus espíritus, la cima más alta de la epopeya originaria de América, a donde llegan tan solo las iluminaciones ideales de un genio representativo, del visionario de su libertad y su grandeza integral, cuyas glorias, al decir de Carlyle aguardan al Homero capaz de cantarlas; si las generaciones futuras necesitan llegar a esa cima « que se comunica con el infinito », y hasta donde transportara la ferviente

gratitud de América a Simón Bolivar «la cabeza de los milagros, la lengua de las maravillas», es fuerza que sea con la palabra de Rodó, con el vasto concepto histórico de Rodó, con la armonía de sus cláusulas de mármol, con la magia incomparable de su estilo, con la prodigiosa unción de su pensamiento.

Y cuando los hombres de letras de mañana intenten el análisis crítico de las distintas etapas de la evolución artística del continente, y se afanen por investigar en los orígenes de nuestra cultura literaria y de nuestro patrimonio intelectual, a traves de la conquista, de la colonia, de la emancipación y la reforma; cuando se aboquen al estudio del fenómeno de nuestro renacimiento literario, y busquen el sentido crítico, agudo y preciso, que señale la clave de las transformaciones victoriosas, apesar de todas las rutinas, del quietismo misoneista, de los comentaristas anquilosados y de la presión egoista de los retardarios, entonces es fuerza que vayan también hacia la palabra de Rodó.

Y cuando las generaciones futuras quieran llegar hacia el retiro inviolado, hacia el lago de esmalte del gran cisne de América, cuya armonía animaba el mármol de las diosas paganas; cuando quieran explicarse el impulso que consagró a Ruben Darío en América y fuera de América, es fuerza que vayan hacia la palabra de Rodó, capaz ella sola de acallar entonces con su gallarda resonancia y su acento invicto el escándalo de *Celui qui ne comprend pas*, empeñado en uncir al yugo de los vetustos códigos retóricos y las reglas vulgares, al Pegaso formidable del primero de los poetas de América.

Y volverá a su obra la juventud, ahora y siempre que reclame la emulación de esos «sutiles visitantes de la celda del maestro: Pensar, soñar, admirar». Profesor de idealismo, continuará siendo la guía espiritual de los nuevos, aún despues que hayan caido muchas doctrinas consagradas por la actualidad; despues que se hayan derrumbado sistemas y dogmas, filosóficos, sociales o políticos que se creyeran perdurables; despues de haber variado la enunciación y la oportunidad de muchos problemas de la hora presente, ante el conflicto incesante de las nuevas ideas, de las tendencias contradictorias agitándose tumultuosamente en el escenario de la realidad. Y continuará siendo el amable conductor de los espíritus jóvenes porque su obra será una proclama permanente, *permanente* porque jamás pretendió erigir con su esfuerzo, ni una disciplina rígida y escolástica, ni una doctrina inconmovible, ni una capilla de arte, ni un régimen para el espíritu, ni una norma invariable para la conducta moral.

Y en ésto radica precisamente, en ésto que pudo confundirse alguna vez, con un *diletantismo* vaporoso y brillante, en eso radica la virtud fundamental de su obra. Porque no fué un sectario; porque consagró su intelecto a las solicitaciones mas puras, mas amplias, mas desinteresadas del pensamiento humano; porque frente a la duda no tuvo la osadía afirmativa de los mediocres, ni la súbita resolución de los pedantes; porque no quiso que arrancara la consagración de su nombre de un proselitismo catalogado por el adocenamiento parcial; porque no necesitó de ningún modelo establecido por la religiones o las sectas para predicar su espiritualismo a la juventud amenazada por los bajos instintos o por las torpes seducciones de la vida material, porque no quiso ser uno de los tantos moralistas lamentables y ascéticos, apostol de una ética impositiva y adusta, porque por el contrario prefirió beber «en los labios de Platón la miel de su sabiduría», porque tuvo una musa eternamente coronada de rosas; porque su verbo nos sugiere en cada uno de sus períodos, la maravilla ateniense; las columnas jónicas, los mármoles desnudos, el enjambre de las abejas de oro, la corona de pámpanos; porque Rodó jamás resultó, señoras y señores, el pedagogo fastidioso, ni el didacta

monótono, por eso mismo su obra ha de ser una proclama permanente para las nuevas generaciones americanas.

Profesor de idealismo, he dicho, y también maestro de esperanza. Frente al excepticismo de la época pregonó su evangelio de serenidad y de paz interior. «Recibió de Próspero un dulce amor por las cosas terrenales y el poder de evocarlas; el Proteo esa íntima potencia de formas donde templase la virtud de su vida; y de Ariel el magisterio de su espíritu alado salvando unidad y altura entre los terreno y múltiple de la obra.»

Por eso yo he hallado tema para el monumento que le debemos, en uno de sus motivos: en «La respuesta de Leucónoe».

Frente el mar y en mármol blanco levantaríase la figura evocativa como un atributo de las ondas. Tal como surgiera del númen del maestro no «llevaría mas que un traje blanco como una página donde no se ha sabido que poner»...

Ni el peñón de granito ni el bloque de bronce, podrían revelarnos la expresión de su genio.

Toda de candorosa blancura, debe reproducir en sus formas, el prestigio misterioso de sueño, la remota corporización del perfume y de la armonía...

Esperanza: su inscripción humilde, y su comentario el espacio azul...

JOSÉ G. ANTUÑA.

¡PUEDE SER, TODAVIA!...

Que la buena canción nos lleve
Como pluma en el aire leve.
Dejémonos ir, ¡oh corazón!,
Donde nos lleve la canción.

Llévame a decir el balcón que el amor abría:
Yo soy aquel que aquí acudir solía
Contra furioso viento o dura helada
A deshojar la juventud dorada
De su alma en flor frente a tu celosía . .

Puede ser, todavía,
Puede ser que la novia adorada
Nos aguarde aún allí, como aquel primer día.

O volvamos a ver el hogar que el tiempo, ha tiempo dispersó.
Sin hacer ruido entremos hasta hallar el antiguo reloj.
Y hazme decir: yo soy el que daba cuerda a tus agujas.
Imposible olvidar el candor de los cuentos de brujas
Y el rumor de las voces, que a tu lado oyó un día
Aquel niño pequeño, cuya sombra soy yo . .

Puede ser, todavía,
Puede ser que aún se muevan las agujas del antiguo reloj.

O llévame a pasear por los viejos viñedos paternos.
Por las viñas aquellas, que ¡ay! en horas de apremio fué [preciso vender.
Crucémoslos sin decirles quien somos; a ver
Si a pesar de los hielos de tantos inviernos
Aún recuerdan el amo pequeño de un día . .

Puede ser, todavía,
Puede ser que sus nuevos racimos sean tiernos,
Tiernos como aquellos milagrosos racimos de ayer!

Y si es que eso te apena, porque siempre es penoso visitar el
[pasado,
Salgamos a holgar por algún verde prado,
A la buena de Dios, con la pipa en los dientes,
Las manos tras las flores, los labios tras las fuentes,
Y el corazón de toda pesadumbre aliviado.

Y si amas más el mar, huyamos en buen hora
Con las velas abiertas sobre la mar salada,
Pensando, ¡sabe el alma en que futura aurora!,
O mejor, todavía, sin que pensemos nada.

Mas por el amor de Dios, en el tiempo más breve,
Como pluma en el aire leve,
Del nevar de esta agonía
Aléjame, buena canción ..

Puede ser, corazón,
Que aún hallemos el rayo de sol que disuelva la nieve
De esta angustia sombría ..

¡Puede ser, todavía! ..

JOSÉ MARÍA DELGADO.

MARCO AURELIO Y EPICTETO

PREFACIO

Vamos a recorrer un poco las páginas de Epicteto y de Marco Aurelio, la inmortal filosofía estoica, la serenidad del pensamiento remontándose por encima de todas las bajezas de este mundo: la virtud del que siendo señor del mundo se despoja de la púrpura para hablar consigo mismo, para decir a su alma las cosas más bellas sobre lo humilde y lo bueno, sobre la vanidad de las cosas humanas y la muerte; y la virtud del esclavo de Epafrodito, que habiendo tenido un amo pudo haberse llenado de odio y maldad, y fué, sin embargo, dulce y bueno y admirador del dolor humano.

Todo lo que tú ves en el mundo de malo, de vanidoso o soberbio, de ruin o despreciable o doloroso, pasa por esas páginas sin contaminar el alma, como un accesorio, como un accidente de la vida, indigno de distraer la serenidad del filósofo; cosas que no afectan la esencia del alma, que no son ni un bien ni un mal y que, por lo mismo, pueden alcanzar al hombre justo como al malo. Ni la mano piadosa que acaricie tu frente quebrantada, ni la palabra de amor que susurre a tus oídos las promesas más halagadoras, ni el más poderoso estímulo de una amistad fuerte, darán a tu alma un consuelo tan acabado como el que te dan esas páginas escritas por un emperador que olvida los esplendores de la púrpura y por un esclavo que olvida las miserias de su vida. Bien dice uno de ellos cuando afirma que el alma, como refugio, es una ciudadela; y el que no conoce ese asilo ha sido mal

instruído, y el que, conociéndolo, no se refugia en él, es un miserable. Recorre, pues, esas páginas, y verás cómo tus dolores y miserias adquieren un aspecto que tú no conocías: te sentirás entonces como no tocado por ellos, como si conservaras intacta la esencia pura de tu alma. Desnuda y pura como los astros se te aparece el alma: la envuelve un nimbo de serenidad augusta que disipa los vanos conceptos que ella tenía sobre las cosas de la vida. El filósofo te pone la muerte ante los ojos a cada momento, pero no para amargarte o aplastarte la vida, sino para dignificártela en el sentido de la recta razón. Salpica con la ceniza de los sepulcros tus sueños de gloria, para consolarte en tus miserias y dolores con esa ceniza. La muerte no es sino un hecho natural, una necesidad del mundo: es como tu pasado, que ha dejado de existir; es como tu infancia, que se ha desvanecido; y así como esto no te apena, o, por lo menos, no te desespera, tampoco la muerte, extinción de tu vida presente, debe preocuparte. Sólo el presente vive en tí; sólo das a la muerte el presente, y, por lo tanto, lo mismo es que mueras hoy, como dentro de tres, veinte o cincuenta años. No ha vivido más el que llegó a los cien años que el que sólo alcanzó a los veinte.

* * *

Pero debes saber que esta idea de la muerte, o de la nada de la vida, si lo quieres, lejos de proclamar una vida de abandono, establece, por el contrario, una vida elevada, de acuerdo con la naturaleza racional; dulce, sencilla y virtuosa, sin ambiciones, sin vanidades. ¡ No palpas lo sublime de esta filosofía ? Ella no te ofrece, como recompensa a tu vida de hombre bueno, la inefable delicia de una vida futura; no te pide que hagas el bien para hacerte grato a los dioses y encontrar en ellos la bienaventuranza eterna, sino que te lo exige como una consecuencia de tu naturaleza, como una función análoga

a las otras de la vida, sin esfuerzos, sin premios, sin ostentación ni gloria: calladamente, y esparciendo los fulgores del bien sobre la sociedad en que vives, como el sol, en la fuerza expansiva de sus rayos de luz sobre la naturaleza. Te hablan así el esclavo de Epafrodito y el Antonino, señor del mundo: dos almas que siguieron el mismo camino de luz y se encontraron, sin embargo, en situaciones tan distintas para el vulgo. Pero el dolor de la esclavitud de Epicteto no fué más intenso que el dolor de Marco Aurelio, dueño del mundo. La púrpura de este último torturó tanto a su alma como al otro las cadenas del esclavo: desde arriba como desde abajo se aprecian igualmente las miserias humanas. Por eso los acentos del esclavo resonaron en el alma del emperador. ¿ Habla alguna vez la púrpura en los « Pensamientos » ? ¿ No es el más humilde de los hombres el que conversa consigo mismo en esas páginas de serena bondad ?.

* * *

Tú vives en un mundo sacudido por las más violentas pasiones; hablas a cada rato con hombres miserables que no respetan las cosas más dulces del espíritu; te encuentras con miradas que se encienden en odio; oyes juicios ligeros, mezquinos o calumniosos, y sientes con frecuencia que una espina se te clava en el corazón; pero alguna vez, en el borde del árido sendero, tus labios se humedecen en la frescura de un manantial purísimo, y eso sólo debe bastarte para amar la vida y la humanidad. Aprovecha, pues, el raudal de agua pura que corre por las páginas de estos dos filósofos; baña tu alma en él, y el mundo te parecerá entonces suave y sereno hasta en sus miserias más espantosas. Comprenderás entonces que tu alma, si te conduces como filósofo, no es torturada en la vida sino por « opiniones »: un insulto, una injuria o una calumnia, no hieren por sí mismos, sino por el concepto que tú te formas de tales cosas. Si varías tu concepto vulgar

sobre la injuria, tu alma no se inmutará. Pasará ella entonces por entre los incidentes y miserias de la vida como un ave que sabe en sus vuelos desviarse de los obstáculos recorriendo libremente la pureza azul del espacio. ¿No ha dicho de una manera sublime Sócrates que sus acusadores podían quitarle la vida, pero no hacerle daño alguno? Piensa en lo que diría ese filósofo sobre todas las vilezas de la vida con respecto a su alma que se mantenía pura y virtuosa. Lo externo. He ahí la causa de casi todos nuestros males. Damos importancia excesiva a las cosas exteriores, a los juicios y palabras y actos de los demás, y descuidamos la esencia de nuestra alma. Proclamamos los buenos juicios que merecemos de otras personas, pero casi nunca nos atrevemos a expresar en alta voz, por temor de avergonzarnos, los juicios que de nosotros mismos formula nuestra mente. Hacemos depender nuestra vida de los demás, pero no de nosotros mismos. Por eso somos esclavos de la ajena opinión. ¿No ves cómo este raudal de agua pura que son las páginas de los dos filósofos, procura dar al alma de cada uno el valor o la situación que ella ha perdido en la vida? ¿No ves cómo te eleva, cómo te dignifica, cómo te convierte en un hombre verdadero? Eras un pingajo a merced de los hombres: ahora eres un hombre y ves hombres en los demás. Tenías apagada la lámpara de tu alma, y ahora la has encendido para recorrer su interior con toda firmeza; y como carecías de luz interior, te contentabas con las luces exteriores, que son vanas, engañosas y pérfidas. Dueño de tí mismo, soberano de tí mismo, sabes ahora apartar de tí lo que no es necesario a tu alma, y sufrir con paciencia lo que no puede tocarla, ni contaminarla, ni herirla en su esencia, aunque parezca destrozar tu vida. Todo el océano inmenso de pasiones que es el mundo, no podrá desde ahora alterar el lago sereno de tu espíritu.

HORACIO MALDONADO.

LA BUENA CRIATURA

Yo siento por el agua un cariño de hermana.
¡ Cuánta suave dulzura, para mí, de ella emana !
Yo entiendo lo que dicen las gotas cantarinas;
la lluvia en mi ventana tiene voces divinas.

El agua es una viva, múltiple criatura
que guarda para todos el pan de su ternura.
—Hermana: es como fragua mi boca con la sed
¡ Y el agua ofrece el seno y susurra: — ¡ Bebed !

—Hermana: de mi amante la mano honrada y buena
se hirió mientras segaba los oros de la avena,
Y el agua con sencilla, sublime caridad.

Murmura: — ¡ Entre mis ondas su herida refrescad !
¡ Oh ! santa, milagrosa, sencilla criatura !
¡ Fluye como una fuente para tí, mi ternura !

JEANETTE DE IBAR.

LA REALIZACIÓN DEL IDEAL

Todas las cosas podrían y deberían hacerse tratando de armonizar el modo ideal de hacerlo y la mejor manera posible de acercarse a esta realización ideal. Todos los ideales son, por lo general, difíciles de realizar. No por esto debe dejar de luchar se por ellos: en esta lucha incesante por el ideal, está el progreso de la humanidad.

Cuando se tiene un ideal que se considera noble, hay que tratar de llegar hasta él; pero teniendo en cuenta el camino que se debe recorrer para alcanzarlo. Aspirar a un ideal es una cosa. Alucinarse con un ideal es otra. Cuando se aspira a un ideal, se deben tener en cuenta las dificultades que pueden oponerse a su realización y tratar de vencerlas; cuando nos alucinamos con un ideal, no vemos nada más que éste, y, sin notar las asperezas del camino, nos estrellamos contra ellas. Si se pudiera ver siempre donde está el ideal y ver, al mismo tiempo, donde están las dificultades prácticas que a él se oponen, la humanidad—el hombre—llegaría mucho más fácilmente a la realización de sus ideales. Pero se peca casi siempre o por exceso de idealidad o por exceso de realidad. He aquí las fallas en el progreso humano. Los que pecan por exceso de idealidad no ven los escollos del camino, y, como marchan a ciegas hacia su ideal, tropiezan a cada rato y no llegan hasta él nunca o casi nunca. Si llegan, llegan tarde y cansados: el fruto que consiguen entonces no está en relación con el esfuerzo. Los que pecan por exceso de realidad ven *tan bien* las cosas de la vida, que no alcanzan nunca a divisar un ideal. Los que pecan

por exceso de visión de la realidad, pecan casi siempre, al mismo tiempo, por falta de idealidad. ¡ Qué progresos debemos esperar de éstos si nunca aspiran a nada fuera de lo que ven comunmente ? Estos se ríen de los idealistas y no aportan ninguna contribución al progreso. Los idealistas, en cambio, aportan sus ideales; pero como no son capaces de ver al mismo tiempo los medios más conducentes para su realización, dificultan su triunfo. Ser demasiado entusiasta, suele ser una valla al progreso tan grande como la oposición de sus contrarios. Aquel entusiasmo provoca esta oposición, y es así como la humanidad hace sus pasos hacia adelante y hacia atrás al través de los siglos. Por esto es que la humanidad progresa tan lentamente para la impaciencia individual.

Hay que tener ideales y hay que luchar por el ideal. Si esto no se hubiera tenido nunca, la humanidad estaría aún como en la época prehistórica. Los hombres que no tienen ideales, son entidades negativas en el progreso humano. Las naciones que tampoco los han sustentado o cuyos ideales han sido estrechos o mezquinos, han sucumbido en la historia, ante el empuje de idealidades superiores a las suyas.

Pero, si tener ideales y aspirar a su realización es necesario, la vista del ideal no debe ser tan exclusiva que haga olvidar la vida real que nos rodea. El ideal que tenga precisamente en cuenta la naturaleza humana, aspirará mejor que ninguno a su perfeccionamiento, porque sabrá mejor que ningún otro lo que hay que tratar de perfeccionar y cómo habrá que hacerlo.

Como dice Martínez Sierra, « es preciso ajustar nuestros sueños a la realidad, bajo pena de condenarnos a vivir la realidad inevitable, sin el consuelo de vivir soñando. »

ALBERTO J. BRIGNOLE.

LO QUE PASA...

Se van los años, juventud loca:
silencia el lírico cascabel...
¡Qué extraña mueca finge la boca!
Se van los años, juventud loca,
sin que te ciña verde laurel.

Un día.... Apenas si lo recuerdas,
sentiste el trino del ruiseñor...
Acariciaste las sabias cuerdas...
Un día.... Apenas si lo recuerdas. .
¿Surgió un sonido? ¿Surgió un dolor?..

Después.... Seguiste con tu quimera;
la gloria un triste beso te dió,
llama que en medio la noche ardiera...
Después, seguiste con tu quimera,
cantaste siempre, ¿quién te escuchó?..

¡Tú sola siempre! Tu loco empeño
pobló de sombras la soledad;
te diste toda, toda al ensueño...
¡Tú sola siempre! Tu loco empeño
iluminaba la oscuridad.

Pero caiste como cayeron
las sombras vanas de tu ilusión;
esclava fuiste como otras fueron...
Ah! Tú caiste como cayeron
Todos los héroes del corazón.

En la tragedia de nuestra vida
el áureo ritmo puso su miel
que es como el bálsamo para la herida.
Es la tragedia de nuestra vida
lucha ignorada, triste y cruel.

Se van los años, juventud loca:
silencia el lírico cascabel.

MANUEL BENAVENTE.

CARLOS GUIDO SPANO

Pocas vidas tan bellas y transparentes, como la de este viejo vate río platense, que muere casi centenario, ostentando vivo aún, en su espíritu de excepción, el sagrado fuego del arte. Carlos Guido Spano, el clásico cantor de «Amira» ostenta una fuerte personalidad en las letras americanas y especialmente en el parnaso argentino, al que hasta hace poco prestaba el concurso de su fresco lirismo, en composiciones diáfanas que nos evocaban en su expresión sencilla y tierna, los musicales versos griegos. El autor de «Hojas al viento», era el más antiguo representante de la cultura artística argentina y el último hombre representativo de su tiempo; que vió gestarse la unidad nacional y presidió el desenvolvimiento progresivo, el proceso de engrandecimiento cultural y político que ostenta hoy la admirable nacionalidad de Sarmiento. La labor literaria de Carlos Guido Spano, fué vasta y compleja, con características originales toda ella que muy pronto suscitaron la consagración de su nombre en los círculos artísticos de américa. Sus composiciones poéticas fueron siempre espontáneas y sinceras, de ductilidad y transparencia poco común en nuestros ambientes literarios. Cultivando los gustos y preferencias literarias de su tiempo, nos lega en estrofas, de una magnífica sencillez, aquellas cualidades virtuales, que hicieron perdurable, tal que mármoles de Paros, el alma apolínea de los romeros atenienses. Porque, Carlos Guido Spano, era el último representante sincero de la cultura helénica y el más formalista de los poetas, que en edad contemporánea surgieron a la vida literaria de América. Fueron

atributos fundamentales de su modalidad, artística la insuperable claridad del pensamiento, el dominio exacto de las formas técnicas, y una frescura tal de inspiración que le conquistaron un firme prestigio y lo hicieron destacar con fuerte relieve de los demás líricos de su tiempo. La bibliografía de este venerable vate, que el autor de estos ligeros comentarios conoce se reduce a tres de sus obras más notorias: «Hojas al Viento» — verso y Misceláneas literaria y «Abrojos«, libros de prosa. — No obstante su labor fué copiosa y en las mejores antologías, pueden gustarse, las composiciones de este poeta que más nombradía conquistaroo para su nombre.—Guido fué también un espíritu de lucha, y de civilidad. Combatió en la vida política de su patria, desempeñó puestos de importancia, actuó en el periodismo con viriles arrestos y en todos estos afanes de su vida fecunda, vida doblemente estética, por el arte y por la acción, impuso su admirable contextura moral, y la invariable belleza y generosidad de su alma.

Carlos Guido Spano, apasionado cultor de la forma, artífice henchido de delicado sentimiento, sereno evocador del arte clásico, en una edad de decaimiento lírico, cuando triunfan tendencias subalternas y la civilización nos llena, el alma de desánimo y de amargura, era más que un símbolo en la época contemporánea. A los noventa y dos años de existencia, la gloria ya lo agobiaba con su beso de inmortalidad.

WIFREDO PI.

ESCRITORES DE LA ESPAÑA NUEVA

ALBERTO INSÚA

Tiene una tez mate de cubano; unos ojos grandes, negros, almendrados y un belfo carnoso, sobre el que triunfa bruno bigotillo, que delata los treinta y cuatro o treinta y cinco años de quien escribiera ese libro dolorosamente humano que se titula «Las flechas del amor.»

Alguien ha tildado de inmoral a Insúa. Me parece tonto y, sobre tonto, injusto tal dicterio. Quede el adjetivo, como un baldón, para quien escribiera «Sor Demonio» y tantas otras estupideces, malogrando un fuerte temperamento de psicólogo acusado en «Las Ingenuas.»

Descartad «La mujer fácil», repudiada por el propio autor — a pesar de haberse vendido cuatro o cinco ediciones — y decidme qué hay de inmoral en los restantes libros. ¿No hace gala, en «Los dioses tienen sed», Anatole France, de un erotismo que no se encuentra en «Las Neuróticas»? ¿Y los Goncourt y los Margueritte, no firmaron libros de esa índole sin que a nadie se le ocurriera motejarlos de inmorales?

En las obras de Insúa hay dos elementos sanos que no pueden rechazarse: literatura y lirismo de buena cepa. Reíos de sus inmoralidades.

En España y hasta en América el amor es algo trágico, subalterno y sucio. Por eso las gentes se ofenden cuando un escritor lo trata, aun cuando lo exorne de idealidad y candor, como es costumbre en Insúa. La filosofía de este notable prosista es la filosofía de la benevolencia.

«¡Dulcificar el corazón humano!» El sacrificio, por ambas partes. La necesidad del heroismo, de sufrir para que otros no penen» — he aquí el andamiaje moral de toda la obra.

Cuándo yo visité a Insúa en Madrid [1], vivía como un misántropo, tal vez por lo mucho que las envidias de infinitos escritorzuelos hiciéranle sufrir. No se quejaba. Oid esta frase suya que revela el alma de un estoico: «La literatura se ha hecho para los retraídos». Nació en la Habana, hijo de padre español y madre criolla. A los 6 años era alumno interno en un colegio de jesuitas en Santiago de Compostela. Los otros muchachos mofábanse de su parla lánguida. Le decían despectivamente «El cubano». Insúa sufrió mucho. Observaba en silencio. Se hizo abogado. Pronto surgió su inclinación literaria, como él nos va a decir:

—Por esa fecha, Ramón del Valle Inclán había leído a Galdós, Emilia Pardo, Blasco Ibáñez y algunos jóvenes, entre los que me contaba yo, su admirable «Flor de Santidad». Nuestro entusiasmo, el entusiasmo de los jóvenes, fué grande. Nos pusimos a escribir con brío. Recuerdo entre mis compañeros, a Urbano y a los González Blanco. El más joven de todos era yo.

—¿Hizo entonces su primera obra?

—No; lo primero que hice fué casarme. Luego, salí para el extranjero. Ginebra me sedujo. Durante mi estadía escribí «Don Quijote de los Alpes», que editara la casa Villacencio. Hice, a mi regreso a Madrid, periodismo literario: cuentos en «El Imparcial», y en «El Liberal» crónicas del momento. La semblanza de Costa fué mi primer confortador éxito sonado. Costa me llamó para felicitarme. Escribo «Tierra de Santos» y a continuación «La hora trágica,» que fué todo un éxito de librería. Luego vino «El Triunfo», bien acogido, igualmente, que integró la trilogía titulada por mí, «Memorias de un escéptico.»

Yo le reproché haber publicado con su firma libro tan obsceno como «La mujer fácil», que hizo creer a muchos abandonaba la «senda honesta»—artísticamente honesta — para arrebatar su heterogénea clientela a Felipe Trigo.

—¡Qué atrocidad! — protestó el joven novelista.— Yo estoy sinceramente arrepentido de haber escrito esa obra. Era un tema propicio para una conversación de café que no debí llevar al libro. Son cosas de la juventud, que, como la propia juventud, mal pueden evitarse. Todo lo que yo consigno en «La mujer fácil» es exacto. Naturalmente, yo, como usted, opino que la realidad no disculpa mi audacia.

Tras esta confesión tan sincera, tan lógica y ¡tan humana! lectores, ¿quién es capaz de mostrarse severo? En rigor, lo que hubo de acontecer es que al novelista le jugó una mala pasada su propia inocencia, quitándole la noción de la medida!

Ved como se enmienda a poco en «Las Neuróticas y, sobre todo, en «La mujer desconocida», en que el autor toca otro resorte del alma y no hace concesión de ningún género al público. Esa novela, con «El demonio de la voluptuosidad» y «Las flechas del amor» son de lo más hermoso y mejor escrito que han publicado en los tiempos que corren las casas editoriales de España.

[1] Insúa, me escribía en Marzo desde París. «Recibí y leí este último otoño su libro «La comedia de la vida», que me gustó mucho. Es un libro lleno de agudeza y sinceridad. Le felicito muy sinceramente por él. Ya sabe usted que solo vivo para la guerra. Después de dos años de colaboración en «A B C», pasé a «La Correspondencia de España». Ahora empiezo a mandar crónicas de la conflagración a diarios de Sud América. Tengo entre manos otra novela. Creo salga en Octubre. En cuanto envaine la espada la vieja y belicosa Europa pienso hacer un viaje redondo por el Nuevo Continente».

«El demonio de la voluptuosidad» ha sido traducida al idioma de D'Aureville, viéndose al frente del volumen un lisonjero prólogo de Barrett. También en italiano comienzan a verterse sus novelas.

Es un iconoclasta que no cree en las grandes figuras actuales, convencido de que a la vuelta de algunos años, él hará libros tan notables como los mejores de esos «semigenios» tan engolados de la Ville-Lumiere.

Cabe reconocer — hasta tanto cuajen esos propósitos —que Insúa ha traído a la novela hispana ese elemento de artística sensualidad que le faltaba. La humanizó, dándole un más fuerte vaho de amor, de sexo, de vida, en fin. Hay en sus obras como un sello de la tierra caliente en que naciera. No es un «dominado por la palabra», a la guisa de Ricardo León, sino un escritor moderno que «domina la palabra». He ahí su superioridad.

—Yo, al escribir, — balbuce — hágome de cuenta que continúo la conversación. Hay una sola diferencia entre cuando hablamos y cuando escribimos. En la novela, cuando se habla, se piensa. Resta retirar lo superfluo al concluír: retirar la paja, como quien dice.

Tiene un estilo terso, fácil [1], elegantísimo, como lo prueba «De un mundo a otro», la primera de las novelas que ha escrito sobre la guerra, publicada en folletín por «La Razón» con el título de «Sangra el corazón de Francia».

Emiliano Ramirez Angel.

Su firma se ve contínuamente en las mejores revistas de Madrid, habiendo publicado no hace mucho un libro, «Los ojos abiertos», que es de lo más estimable que en el

[1] Eso del estilo fácil tiene sus bemoles. Para «escribir sencillo» yo por ejemplo, he tenido que «escribir difícilmente» varios años. «Difícil facilidad» que dice Anatole France.

género novelístico se ha publicado en España en estos dos últimos años. Menudo y nervioso, Ramírez Angel tiene unas pupilas grandes, nimbadas de melancolía.

Ha sido, sino el primero, quien más sutilmente supo extraer la suave poesía que encierra la vida humilde de Madrid. Sus libros háblannos de modistas que bailan en la Bombilla el domingo, marchando hácia el taller a la siguiente mañana más pálidas, más rendidas, un poquirritín más tristes. Nos ponen en relación con modestos empleados que ahorran peseta tras peseta para casarse y un día tienen el dolor de saber que se ha fugado la bien amada con un amigo. Reproducen escenas de los hogares de la clase media matritense, dibujando un gabinete en que languidecen dos niñas cursis y sentimentales, mientras arrufa la madre y ronronea el gato ..

Con tan sencillos personajes, con una trama aún más sencilla, el joven escritor hace novelas que elogian hasta los Aristarcos con pujos de transcendentalismo.

Son libros suaves, que nos entristecen un poco y en ocasiones pónennos lágrimas en los ojos y ánsias rebeldes en el corazón. Al leerlos se intuye el alma de quién los escribiera. Un alma melancólica; un alma resignada; un alma que a las veces quiere reir y lanza una carcajada acerba y trágica, como la de los clowns.

¿Cómo explicarnos ese intenso dolor espiritual en un joven cuando no cumpliera aún los 30 años?

¿De dónde y por qué procedimientos extrae la intensa poesía que dignifica — ¡que engrandece! — su obra, sin conflictos álgidos, ni truculencias, ni oropeles retóricos?...

Su prosa tiene un ritmo interno que el más miope llega a descubrir. Juan Mas y Pí, en uno de sus mas notables juicios, halló también una lozanía, una frescura nada común en el estilo.

—Yo he pensado mucho — me confesó Ramírez Angel — en si mi literatura tiene razón de ser. Soy un compasivo, que ha buscado lo sentimental de Madrid, tropezando

muchas veces, involuntariamente, con lo grotesco. En ocasiones, hubieron de llevarme los colegas serios ataques. Me tildaron de «micrógrafo». Acaso tengan razón los adversarios. Otros literatos, como Martínez Sierra y José Francés, me han alentado mucho.

—¿Les afectan los ataques según veo? —le dije entonces.

—Mucho — me contestó. — No olvide que soy un sentimental. Soy sincero en la vida. Sincero para con mis amigos y para conmigo mismo. Por sinceridad estuve a punto de dejar de escribir.

Hace años ganó un concurso con su novela «La Tirana». «Madrid sentimental» y «La vida de siempre» le acreditan como cronista personalísimo. Recuerdo su nostalgia, cuándo le visité en París. Viendo los sombreros con plumas de las «midinettes», él añoraba los peinetones y los claveles dobles de las modistillas madrileñas, cuyo corazón parece conocer mejor que nadie...

VICENTE A. SALAVERRI.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

«Valle Negro». — Novela de HUGO WAST. — A. G. de Librería. — Buenos Aires 1918.

El señor Martínez Zuviría, que ahora muestra empeño en presentar sus libros con el pseudónimo de Hugo Wast, es uno de los pocos escritores argentinos actuales que evidencia predilección cultivando la novela. Hace un par de años (tal vez menos) que fué premiada en la vecina capital «La casa de los cuervos», muy llena de episodios dramáticos, pero de técnica anticuada y lenguaje desmañado e incorrecto. Con prevención abrimos «Valle Negro» que hemos leído con interés creciente. No resuelve nada, pero es un libro bien hecho; Ha elegido sus personajes con acierto. Falla el análisis psicológicol triunfa la acción y la forma de exponer, muy clara y muy hábil. Ecampo de Cosquín (Córdoba) aparece nítido. El autor lo ha mi. rado obstinadamente y, en la mayoría de los capítulos, acierta a reproducirlo. Narrar amores de muchachos, sin sensiblerías ni tiradas cursis, es ya una prueba de equilibrio. La tragedia que agita a los personajes tiene intensidad y, en muchos capítulos, eficacia. La frase es corta, podada de inútiles vocablos. El prosista marca un progreso. — V. A. S.

«Leyendas del Uruguay». — Por RICARDO HERNANDEZ. — O. M. Bertani. — Editor — Montevideo 1918.

—¿Leyendas? — Tal vez no, que no es leyenda lo que anda muy cerca de nosotros—por ahí no más, y talvez en documento material, ni es leyenda, por ejemplo, un anecdota verídica del sordo Puentes, escribano-político-militar, conocidísimo en Tacuarembó hasta estos últimos años...

Lo que si quita la propiedad al título del libro del señor Hernández, no se rebaja ante nuestros ojos, en cuanto a los méritos que encierra, de los que no es el menor, ser un libro sano, fácilmente legible y hasta entretenido, al que, una poda de estilo hubiera venido a maravilla, todavía.

No se libra el señor Hernández de la influencia, que en sus crónicas, debía ejercer, infaliblemente, Ricardo Palma, como no se ha librado nadie en nuestro país—abordando el género—pues así es Víctor Arreguine ricardopalmesco en Artigas y los Perros-cimarrones, como lo es un quidam Claudio Prado,—Dios nos perdone—en unas tradiciones de Salto, que leímos no sabemos donde...

Pero el maestro limeño, que contagia de arcaísmos y manera, no logra, lamentablemente, contagiar de esa su ligereza vaporosa y esa

su escuetismo encantador, capaz de hacer en media página, un cuadro y un drama, con aquellos esos elementos — «las mentiras y el palique»—aludidos en ocasión famosísima.

Anuncia Don Ricardo Hernández, que a este su primer libro seguirá una nueva serie, la 2.ª de sus leyendas y una vida anecdótica del General Rivera.

Esperemos pues para afianzar el juicio, esos mayores elementos que nos promete, confiando, mientras tanto, en que, castigado el estilo, librándolo de ramas que dan mucha sombra, y seleccionando el tema en lo que dice a hacerlo realmente tradicional, hemos de poder aplaudir sin reticencias sus nuevas producciones, y eso, sin que, ahora, queramos escusarle una felicitación augural, como que su libro es un libro de promesa... — F. S.

«El Mesías». — Ensayo de novela, Por E. V. Erserguer. — Editor Maximino García, — Montevideo 1918.

Desearíamos hablar bien de todos los libros nacionales que nos llegan. Por eso cuando recibimos obras tan defectuosas como «El Mesías», tócanos amargarnos y sufrir. El daño, falseando nuestras convicciones, se lo haríamos, antes que a nadie, al autor. En escritos anteriores de Erserguer, notamos la tendencia a lo barroco y lo túmido. Estas 158 páginas de «El Mesías» pesan como una losa de plomo. Es un derroche de vocablos, empleados defectuosamente con frecuencia. Neologismos y barbarismos hacen poco menos que ininteligible la frase, aliados a una absurda construcción sintáxica. Vaya una muestra: «Nunca el andarriego poeta había seguido a mujer alguna... Y sumergióse en su oculta (!) perfumada, haciendo de modo que sus miradas chocasen a favor de todos los recursos...». He aquí ahora un párrafo churriguerresco y pedante: «Pronto haría cuatro meses que estaban unidos, mejor dicho aherrojados, y precípites al borde de insondables gemoronías. Y ahora recordaba que en los dos primeros meses ella había menstruado... ¡Consoladora vicisitud menográfica! ¡Infalible revelación catamenial!». Anatole France o Azorín, grandes prosistas, son diáfanos. Es claro: trabajaron mucho el idioma. Sin conocerlo bien, el señor Erseguer hace libros. Y resultan torpes balbuceos, naturalmente. Por lo demás, el asunto de la novela es vulgarísimo. El protagonista no es poeta a pesar de sentarlo así el autor: es un pobre diablo. Sus desventuras, por ende, antes que entristecernos, nos irritan. No tiene derecho a triunfar—¡ni siquiera a vivir!—un ente estólido que anda por la vida (él mismo lo dice: pág. 114) como un juguete. Con juguetes se hace un «Guignol» para criaturas, no un volúmen que apasione a la gente, que busca emociones, enseñanza o solaz, cada vez que reclama un libro. — V. A. S.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

La Dirección.

El 15 del mes pasado salió para Brasil, Norte América, Cuba, Guatemala, Ecuador, Colombia, Perú, y otras repúblicas del continente, nuestro director «Pablo de Grecia,» que vinculará «Pegaso» a centros intelectuales de todos los países que visite. Mientras dure su ausencia, secunda al doctor José María Delgado en esta casa, el señor José G. Antuña.

Enrique Gómez Carrillo.

Este notable escritor, a quien desde hace muchos años llámasele en la prensa española «El príncipe de los cronistas,» ha regresado al Río de la Plata. Pasa unos meses en la vecina cosmópolis. En breve vendrá a Montevideo, donde contrae nupcias con una dama argentina. Es posible que haga entre nosotros las crónicas suficientes para ser reunidas en un libro por el estilo de su «Encanto de Buenos Aires» que tanto ensalzaron los diarios de la otra margen. Escribe en «La Nación» y manda correspondencias a «El Liberal» de Madrid. Los últimos años pasados en Francia, le han envejecido de cuerpo, no así de espíritu, como lo prueban sus brillantes páginas últimas. Bien venido. En «Caras y Caretas» va a publicar su biografía con el título de «Treinto años de mi vida».

Revistas argentinas

Nos han llegado de los últimos números de «Nosotros», «Ideas» y «Atenea». Esta última, que aparece en «La Plata», la dirje Rafael Alberto Arrieta uno de los más finos espíritus de la nueva generación literaria argentina. «Ideas», fundada por José María Monner Sanz, transparenta la inquietud de sus redactores. Es órgano de la Federación de Estudiantes de Derecho. En cuánto a «Nosotros», poco hace falta decir, pues la labor de Bianchi y Giusti con esa notable publicación, la seguimos todos los escritore uruguayos.

Animales con pluma.

Este pequeño y movido volúmen de Antón Martín Saavedra, viene siendo muy comentado Nosotros no hemos de abrir juicio sobre las producciones de los compañeros. Pero transcribiremos, de vez en cuando, algún párrafo de críticas ajenas. Estas líneas, sacadas a una glosa que Justo López de Gomara, el maestro de periodistas, publicó en el diario que dirige en Buenos Aires, deben ser conocidas:

«El librito no desmerece de los más voluminosos de análisis vital, en que «maestros de energía y de experiencia» de otros países han querido formar a las juventudes para una vida transcendental y fecunda. La verdad es que las letras uruguayas deben dos grandes debuts a estas columnas. el de Julio Herrera y Reissig, cuyos sonetos fuimos los primeros en pagar, y el de Vicente A. Salaverri, periodista que en pocos años, y en plena juventud, se ha colocado en primera fila, como avanzado paladín para el futuro.»

La Editorial Buenos Aires.

Trátase de una cooperativa formada exclusivamente por escritores argentinos, a iniciativa del novelista Manuel Gálvez. En el año que lleva de existencia editó trece libros, tan notables como el de Horacio Quirega que lleva por título «Cuentos de amor, de locura y de muerte». No solo han logrado emanciparse de la rapacidad de los editores, los poetas y prosistas que tiene acciones en la «Editorial Buenos Aires», si no que han percibido un apreciable dividendo, fuera de las ganancias logradas por cada autor. Del libro de Quiroja y «Melpimene» — de Capdevila se han hecho dos ediciones